



www.loqueleo.com/es

Prólogo y coordinación pedagógica: Fernando J López

Taller literario: Vanessa Saborido

Edición crítica: Paloma Aparicio y Paloma Ferrer

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-165-4

Depósito legal: M-2.035-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CLÁSICOS

LOS
PAZOS
DE
ULLOA

Emilia Pardo Bazán

PRÓLOGO Y COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
FERNANDO J LÓPEZ

TALLER LITERARIO
VANESSA SABORIDO

EDICIÓN CRÍTICA
PALOMA APARICIO Y PALOMA FERRER

loqueleg

Las sombras de la violencia

Pocas novelas en nuestra literatura son tan valientes, tan duras y tan críticas como *Los Pazos de Ulloa*, un texto en el que Emilia Pardo Bazán hizo un retrato muy agudo y, a la vez, severo de ciertos aspectos de nuestra sociedad. La corrupción, la violencia y la barbarie se adueñan de una historia en la que no se nos ahorra ni un solo instante de crueldad. Es esta una obra escrita desde la búsqueda constante de la verdad, una narración que nada tiene que ver con los relatos con moraleja final que horrorizaban a su autora:

«Es opinión general que la moralidad de una obra consiste en presentar la virtud premiada y castigado el vicio: doctrina insostenible ante la realidad y ante la fe».

La cuestión palpitante

Si la realidad no tiene moraleja ni final feliz, nos dice la novelista, ¿habría de tenerla la literatura? Pardo Bazán, una intelectual adelantada a su tiempo, defiende

que la ficción debe mostrar el mundo contemporáneo tal y como es, sin esconder sus miserias ni embellecer los hechos para complacer al lector ni, mucho menos, para evitar escandalizarlo:

«¡Cuán hartos estamos de leer elogios de ciertos libros, alabados tan solo porque nada contienen que a una señorita ruborice! Y, sin embargo, literariamente hablando, no es mérito ni demérito de una obra el no ruborizar a las señoritas».

La cuestión palpitante

No se trata, sin embargo, de renunciar a la estética ni a la belleza literaria, sino de rechazar el maquillaje de la realidad para mostrar en su lugar las sombras que nos rodean tal y como son. Que fuera una escritora quien, en pleno siglo XIX, defendiera este concepto literario, heredado del Naturalismo francés de Émile Zola, supuso toda una revolución. Este es solo uno de los motivos por los que resulta imposible entender la historia del feminismo en España sin tener en cuenta la labor de Emilia Pardo Bazán, tanto en lo que respecta a su propio ejemplo profesional como en lo que atañe a sus historias y personajes.

Tampoco es casual que la mujer sea la gran víctima de la violencia en *Los Pazos de Ulloa*, donde la autora aborda y denuncia temas tan graves como la violencia de género, además de cuestionar conceptos como el del honor, motivo habitual en nuestro teatro clásico. En esta novela, la violencia arrasa con todo cuanto encuentra a su paso, pero se ensaña especialmente con ellas, tanto con Nucha, una

joven que sufre el maltrato físico y psicológico de su marido, como con su hija. Pardo Bazán nos presenta los hechos con tal rotundidad que resulta imposible no sentir dolor y rabia ante lo que estamos leyendo, nos convierte en testigos mudos de la atrocidad y nos invita a tomar partido.

A lo largo de sus páginas, el tema universal de la civilización contra la barbarie se ve encarnado en dos hombres: Julián, un antihéroe apocado que ha de vencer su torpeza inicial a fuerza de equivocarse, y don Pedro, cacique y señor de los Pazos que encuentra en Primitivo –personaje con un nombre nada casual– a su mejor aliado. La civilización, representada por el primero, ha de enfrentarse a la barbarie, personificada en los segundos, aunque las condiciones de la batalla sean desiguales. ¿Se puede imponer la razón a la violencia? ¿El pensamiento a la ignorancia? Pardo Bazán quiere creer que sí, pero nos retrata un panorama desolador donde la oscuridad se adueña de todo con tal fuerza que apenas nos deja respirar:

«Como sentimos de noche, sin verla, la niebla húmeda que nos penetra y envuelve, así sentía Julián la desconfianza, la malevolencia, la sospecha, la odiosidad que iba espesándose en torno suyo. Era cosa indefinible, pero patente».

Capítulo XXVI

Desde que llegamos a los Pazos, esa niebla se hace evidente y resulta imposible escapar de su opresión en una historia donde el espacio es un protagonista más. A pesar de tratarse de una novela claramente realista y

naturalista, el entorno adquiere un aspecto tan siniestro que los Pazos nos recuerdan a los caserones del cine de terror. A fin de cuentas, se trata de un lugar tan lleno de secretos como la famosa casa de *Psicosis* (Alfred Hitchcock, 1960), de escenas violentas como las que llenan las habitaciones de *Cumbres borrascosas* (Emily Brontë, 1847) o de personajes tan siniestros como los que pueblan la serie *American Horror Story* (Ryan Murphy y Brad Falchuk, 2011). Y aunque lo sobrenatural no forma parte del libro, sí que se aprecia el sustrato legendario de la cultura gallega en algunos fragmentos, donde se incluyen alusiones a aquelarres, lecturas de cartas y otros motivos asociados a la superstición, con los que se intensifica el ambiente –por momentos– de pesadilla del libro.

Pero lo que realmente nos asusta es que, en este caso, el terror no nace de la fantasía, sino de la realidad. El terror del maltrato. De la violencia. De la corrupción y del atraso. El terror de una sociedad tan caótica y atrapada en su pasado como el archivo de don Pedro:

«La tarea, en apariencia fácil, no dejaba de ser enfadosa para el aseado presbítero: le sofocaba una atmósfera de mohosa humedad; cuando alzaba un montón de papeles depositado desde tiempo inmemorial en el suelo, caía a veces la mitad de los documentos hecha añicos por el diente menudo e incansable del ratón; las polillas, que parecen polvo organizado y volante, agitaban sus alas y se le metían por entre la ropa [...]».

Capítulo IV

Julián intenta hallar la salida de ese laberinto de suciedad, desidia y atraso, pero su lucha se antoja titánica ante la resistencia de unos Pazos que devoran a quien osa desafiarlos. Una batalla que aún seguimos librando entre el progreso y la involución, entre la necesidad de acabar con los rincones en sombra en nuestra sociedad y los intereses de quienes los mantienen a oscuras. Pardo Bazán no se muestra optimista ante este eterno conflicto pero, a pesar del fatalismo propio del Naturalismo, su voz no se resigna. Son las aristas de esta novela, sus páginas más duras y sus escenas más crueles las que con mayor intensidad nos invitan a reflexionar sobre qué modelo de realidad queremos. La autora nos obliga a advertir que cuanto hacemos –y cuanto omitimos– forma parte de nuestra identidad. Que no solo somos, tal y como descubre Julián, protagonistas de nuestro destino, sino también cómplices –para bien o para mal– del destino ajeno.

En las siguientes páginas te aguarda un camino tan intenso como el que hizo el propio Julián. Porque nadie regresa siendo el mismo después de entrar en estos Pazos, tras cuyas puertas se esconde un mundo que preferiríamos no ver. Pero el viaje es necesario, pues solo si dejamos que Pardo Bazán nos lo dibuje en toda su crudeza, podremos –quizá– cambiarlo.

Fernando J López

Los Pazos de Ulloa

Emilia Pardo Bazán

Tomo I

Por más que el jinete trataba de sofrenarlo agarrándose con todas sus fuerzas a la única rienda de cordel y susurrando palabritas calmantes y mansas, el peludo rocín seguía empeñándose en bajar la cuesta a un trote cochinerero que descuadernaba los intestinos, cuando no a trancos desigualísimos de loco galope. Y era pendiente de veras aquel repecho del camino real de Santiago a Orense¹ en términos que los viandantes, al pasarlo, sacudían la cabeza murmurando que tenía bastante más declive del no sé cuántos por ciento marcado por la ley, y que sin duda al llevar la carretera en semejante dirección, ya sabrían los ingenieros lo que se pescaban, y alguna quinta de personaje político, alguna influencia electoral de grueso calibre debía andar cerca².

1. Los caminos reales se construían a expensas del Estado; eran más anchos y estaban en mejores condiciones que los caminos ordinarios rurales.

2. El narrador deja entrever que la construcción del citado camino puede responder a algún trato de favor. La corrupción política estaba a la orden del día en la época.

sofrenarlo
reprimirlo
tirando
violentamente
de las riendas

rocín
despectivamente,
caballo flaco
y maltrecho

cochinerero
de ritmo corto y
apresurado

descuadernaba
descoyuntaba

tranco
zancada

pendiente
inclinado

repecho
cuesta corta
con bastante
pendiente

se pescaban
tramaban

traza
aparición
jaco
caballo
pequeño y ruin
brida
correa que
sujeta la cabeza
del caballo a las
riendas
hongo
sombbrero de
fieltro
desairado
deslucido
levitín
diminutivo
despectivo de
levita, vestidura
masculina de
etiqueta
alzacuello
tira endurecida
o rígida que se
ciñe al cuello
arazón
parte que une
los dos brazos
longitudinales
del fuste de
una silla de
montar
cuartago
caballo mediano
o pequeño
corcel
caballo ligero
aparejo
redondo
correas y objetos
para montar a
caballo

Iba el jinete colorado, no como un pimiento, sino como una fresa, encendimiento propio de personas linfáticas³. Por ser joven y de miembros delicados, y por no tener pelo de barba, pareciera un niño, a no desmentir la presunción sus trazas sacerdotales. Aunque cubierto de amarillo polvo que levantaba el trote del jaco, bien se advertía que el traje del mozo era de paño negro liso, cortado con la flojedad y poca gracia que distingue a las prendas de ropa de seglar vestidas por clérigos. Los guantes, despellejados ya por la tosca brida, eran asimismo negros y nuevecitos, igual que el hongo, que llevaba calado hasta las cejas, por temor a que los zarandeos de la trotada se lo hiciesen saltar al suelo, que sería el mayor compromiso del mundo. Bajo el cuello del desairado levitín asomaba un dedo de alzacuello, bordado de cuentas de abalorio. Demostraba el jinete escasa maestría hípica: inclinado sobre el arzón, con las piernas encogidas y a dos dedos de salir despedido por las orejas, leíase en su rostro tanto miedo al cuartago como si fuese algún corcel indómito rebosando fiereza y bríos.

Al acabarse el repecho, volvió el jaco a la sosegada andadura habitual, y pudo el jinete enderezarse sobre el aparejo redondo, cuya anchura inconmensurable le había descoyuntado los huesos todos de la región sacro-iliaca⁴.

3. La personalidad linfática se caracteriza por la tranquilidad, el carácter apacible, pacífico y poco activo. Esta definición se basa en la fisiología, que estudia los órganos de los seres humanos y su funcionamiento. La incorporación de este tipo de rasgos es muy propia del Naturalismo.

4. La región sacro-iliaca es aquella en la que se sitúa el hueso sacro, desde el lomo hasta el coxis. La utilización de términos anatómicos es muy característica del estilo de Pardo Bazán, quien tenía gusto e inclinación hacia los estudios de medicina.

Respiró, quitose el sombrero y recibió en la frente sudorosa el aire frío de la tarde. Caían ya oblicuamente los rayos del sol en los zarzales y setos, y un peón caminero, en mangas de camisa, pues tenía su chaqueta colocada sobre un mojón de granito, daba lánguidos azadonazos en las hierbecillas nacidas al borde de la cuneta. Tiró el jinete del ramal para detener a su cabalgadura, y esta, que se había dejado en la cuesta abajo las ganas de trotar, paró inmediatamente. El peón alzó la cabeza, y la placa dorada de su sombrero⁵ relució un instante.

—¿Tendrá usted la bondad de decirme si falta mucho para la casa del señor marqués de Ulloa⁶?

—¿Para los Pazos⁷ de Ulloa? —contestó el peón repitiendo la pregunta.

—Eso es.

—Los Pazos de Ulloa están allí —murmuró extendiendo la mano para señalar a un punto en el horizonte—. Si la bestia anda bien, el camino que queda pronto se pasa... Ahora tiene que seguir hasta aquel pinar, ¿ve?, y luego le cumple torcer a mano izquierda, y luego le cumple bajar a mano derecha por un atajito, hasta el

peón
caminero
obrero
destinado a la
conservación
y reparación
de los caminos
públicos

mojón
señal
permanente
que se pone en
el terreno para
fijar límites
de heredades,
términos o
fronteras

ramal
cuerda que
se sujeta a la
cabeza del
caballo

bestia
animal
doméstico
de carga
cumple
es preciso

5. Los peones camineros tenían la obligación de llevar uniforme. De esta indumentaria formaba parte un sombrero con placa dorada que tenía grabados un martillo y un pico, cruzados por el mango.

6. Los Ulloa son un viejo linaje gallego y, además, una comarca de la provincia de Lugo.

7. La palabra *pazos* es un galleguismo, que procede del latín *palatium*. Designa un tipo de construcción o casa señorial gallega, en este caso en el medio rural, que tuvo su auge en los siglos XVII y XVIII y cuyo origen puede situarse en los castillos o fortalezas medievales.

crucero
cruz de
granito, muy
abundante
en Galicia,
cuyo origen
es anterior al
siglo XV

crucero... En el crucero ya no tiene pérdida, porque se ven los Pazos, una *costrución*⁸ muy grandísima...

—Pero... ¿como cuánto faltará? —preguntó con inquietud el clérigo.

Meneó el peón la tostada cabeza.

—Un bocadito⁹, un bocadito...

Y sin más explicaciones, emprendió otra vez su desmayada faena, manejando el azadón lo mismo que si pesase cuatro arrobas¹⁰.

Se resignó el viajero a continuar ignorando las leguas de que se compone un *bocadito*, y taloneó al rocín. El pinar no estaba muy distante, y por el centro de su sombra masa serpeaba una trocha angostísima, en la cual se colaron montura y jinete. El sendero, sepultado en las oscuras profundidades del pinar, era casi impracticable; pero el jaco, que no desmentía las aptitudes especiales de la raza caballar gallega¹¹ para andar por mal piso, avanzaba con suma precaución, cabizbajo, tanteando con el casco, para sortear cautelosamente las zanjas producidas por la llanta de los carros, los pedruscos, los troncos de pino cortados y atravesados donde hacían menos falta. Adelantaban poco a poco, y ya salían de las estrecheces

serpeaba
se extendía
en un trazo
curvo, como
el de la
serpiente

trocha
vereda o
camino
angosto, que
sirve de atajo

piso
suelo

llanta
cerco de
hierro que
rodea las
ruedas de los
carros

8. *costrución* (*construcción*). Es un vulgarismo fonético (reducción del grupo consonántico) que caracteriza la expresión de hablantes de nivel lingüístico bajo, de escasa o nula cultura.

9. *bocadito*: aquí, «instante, momento pequeño espacio-temporal». Es un calco, una traducción al castellano de la expresión gallega *bocadiño*, que se usa para indicar tiempo, además de cantidad.

10. Cuatro arrobas equivalen a unos veintidós o veinticuatro kilos, aproximadamente.

11. Expresión irónica, casi despectiva, para referirse a la cabalgadura del viajero.

a senda más desahogada, abierta entre pinos nuevos y montes poblados de aliaga, sin haber tropezado con una sola heredad labradía, un plantío de coles que revelase la vida humana. De pronto los cascos del caballo cesaron de resonar y se hundieron en blanda alfombra: era una camada de estiércol vegetal, tendida, según costumbre del país, ante la casucha de un labrador. A la puerta una mujer daba de mamar a una criatura. El jinete se detuvo.

—Señora, ¿sabe si voy bien para la casa del marqués de Ulloa?

—Va bien, va...

—¿Y... falta mucho?

Enarcamiento de cejas, mirada entre apática y curiosa, respuesta ambigua en dialecto:

—La carrerita de un can¹²...

«¡Estamos frescos!», pensó el viajero, que si no acertaba a calcular lo que anda un can en una carrera, barruntaba que debe ser bastante para un caballo. En fin, en llegando¹³ al cruceo veía los Pazos de Ulloa... Todo se le volvía buscar el atajo, a la derecha... Ni señales. La vereda, ensanchándose, se internaba por tierra montañosa, salpicada de manchones de robledal y algún que otro castaño todavía cargado de fruta: a derecha e izquierda, matorrales de brezo crecían desparramados y oscuros. Experimentaba el jinete indefinible malestar, disculpa-

aliaga
planta de hojas espinosas de flores amarillas
heredad labradía
porción de terreno cultivado
camada
capa, lecho
país
aquí, región, zona geográfica

barruntaba
conjeturaba, preveía

brezo
arbusto de madera muy dura

12. *La carrerita de un can*: calco del gallego *a carreiriña dun can* («perro»), que indica una distancia espacial relativamente corta.

13. *en llegando*: «llegado». La construcción *en* + gerundio, que existe en gallego, es un arcaísmo con valor perfectivo (acción terminada); aparece en el relato con cierta frecuencia.

ble en quien, nacido y criado en un pueblo tranquilo y soñoliento, se halla por vez primera frente a frente con la ruda y majestuosa soledad de la naturaleza, y recuerda historias de viajeros robados, de gentes asesinadas en sitios desiertos¹⁴.

—¡Qué país de lobos¹⁵! —dijo para sí, téticamente impresionado.

Alegróse el alma con la vista del atajo, que a su derecha se columbraba, estrecho y pendiente, entre un doble vallado de piedra, límite de dos montes. Bajaba fiándose en la maña del jaco para evitar tropezones, cuando divisó casi al alcance de su mano algo que le hizo estremecerse: una cruz de madera, pintada de negro con filetes blancos, medio caída ya sobre el murallón que la sustentaba. El clérigo sabía que estas cruces señalan el lugar donde un hombre pereció de muerte violenta; y, persignándose, rezó un padrenuestro, mientras el caballo, sin duda por olfatear el rastro de algún zorro, temblaba levemente empinando las orejas, y adoptaba un trotecillo medroso que en breve le condujo a una encrucijada. Entre el marco que le formaban las ramas de un castaño colosal, erguía-se el crucero¹⁶.

Tosco, de piedra común, tan mal labrado que a primera vista parecía monumento románico, por más que en

14. Está probada la existencia de bandidos en Galicia a lo largo del siglo XIX; de hecho, la figura del bandolero aparece en varios relatos de Pardo Bazán.

15. El lobo es la mayor amenaza para el ganado. El viajero pronuncia la frase impresionado por el espacio que le rodea, la naturaleza salvaje, de cuyo aislamiento se aprovechan los ladrones para realizar acciones violentas con el mismo carácter depredador de los lobos.

16. Una de las funciones del *crucero* era la de santificar encrucijadas.

se
columbraba
se divisaba,
se veía desde
lejos

filete
línea o lista
que marca el
filo

medroso
temeroso

realidad solo contaba un siglo de fecha, siendo obra de algún cantero con pujos de escultor, el crucero, en tal sitio y a tal hora, y bajo el dosel natural del magnífico árbol, era poético y hermoso. El jinete, tranquilizado y lleno de devoción, pronunció descubriéndose: «Adorámoste, Cristo, y bendecímoste, pues por tu Santísima Cruz redimíste al mundo¹⁷», y de paso que rezaba, su mirada buscaba a lo lejos los Pazos de Ulloa, que debían ser aquel gran edificio cuadrilongo, con torres, allá en el fondo del valle. Poco duró la contemplación, y a punto estuvo el clérigo de besar la tierra¹⁸, merced a la huida que pegó el rocín, con las orejas enhiestas, loco de terror. El caso no era para menos: a cortísima distancia habían retumbado dos tiros.

Quedose el jinete frío de espanto, agarrado al arzón, sin atreverse ni a registrar la maleza para averiguar dónde estarían ocultos los agresores; mas su angustia fue corta, porque ya del ribazo situado a espaldas del cruce-ro descendía un grupo de tres hombres, antecedido por otros tantos canes perdigueros, cuya presencia bastaba para demostrar que las escopetas de sus amos no amenazaban sino a las alimañas monteses.

El cazador que venía delante representaba veintiocho o treinta años: alto y bien barbado, tenía el pescuezo y rostro quemados del sol, pero por venir despechugado y sombrero en mano, se advertía la blancura de la piel no expuesta a la intemperie, en la frente y en la tabla de

pujo
propósito

cuadrilongo
rectangular

enhiesto, ta
levantado,
derecho

ribazo
porción de
tierra con
elevación y
declive

can
perdiguero
perro muy
apreciado
para la caza

tabla
región plana
de alguna
parte del
pecho

17. Jaculatoria que se dice después de cada estación del viacrucis, rezo con que los cristianos conmemoran los pasos del Calvario.

18. *besar la tierra*: locución verbal coloquial, «caerse».

bramante
hilo gordo o
cordel muy
delgado
hecho de
cáñamo

morrall
saco para
echar la caza

colono
labrador que
cultiva y labra
un terreno
arrendado
y suele vivir
en él

estopa
tela gruesa
que se teje y
fabrica con
los hilazos de
la parte basta
del lino o
cáñamo

tonsur
coronilla sin
pelo que se
les hacía a
los que se
ordenaban
sacerdotes

pecho, cuyos diámetros indicaban complexión robusta, supuesto que confirmaba la isleta de vello rizado que dividía ambas tetillas. Protegían sus piernas recias polainas de cuero, abrochadas con hebillaje hasta el muslo; sobre la ingle derecha flotaba la red de bramante de un repleto morral, y en el hombro izquierdo descansaba una escopeta moderna, de dos cañones. El segundo cazador parecía hombre de edad madura y condición baja, criado o colono: ni hebillas en las polainas, ni más morral que un saco de grosera estopa; el pelo cortado al rape, la escopeta de pistón, viejísima y atada con cuerdas; y en el rostro, afeitado y enjuto y de enérgicas facciones rectilíneas, una expresión de encubierta sagacidad, de astucia salvaje, más propia de un piel roja que de un europeo. Por lo que hace al tercer cazador, sorprendiose el jinete al notar que era un sacerdote. ¿En qué se le conocía? No ciertamente en la tonsura, borrada por una selva de pelo gris y cerdoso, ni tampoco en la rasuración, pues los duros cañones de su azulada barba contarían un mes de antigüedad; menos aún en el alzacuello, que no traía, ni en la ropa, que era semejante a la de sus compañeros de caza, con el aditamento de unas botas de montar, de charol de vaca muy descascaradas y cortadas por las arrugas. Y no obstante trascendía a clérigo, revelándose el sello formidante de la ordenación, que ni aun las llamas del infierno consiguen cancelar, en no sé qué expresión de la fisonomía, en el aire y posturas del cuerpo, en el mirar, en el andar, en todo. No había duda: era un sacerdote.

Aproximose al grupo el jinete, y repitió la consabida pregunta:

—¿Pueden ustedes decirme si voy bien para casa del señor marqués de Ulloa?

El cazador alto se volvió hacia los demás, con familiaridad y dominio.

—¡Qué casualidad! —exclamó—. Aquí tenemos al forastero... Tú, Primitivo... Pues te cayó la lotería: mañana pensaba yo enviarte a Cebre¹⁹ a buscar al señor... Y usted, señor abad de Ulloa..., ¡ya tiene usted aquí quien le ayude a arreglar la parroquia!

Como el jinete permanecía indeciso, el cazador añadió:

—¿Supongo que es usted el recomendado de mi tío, el señor de la Lage?

—Servidor y capellán²⁰... —respondió gozoso el eclesiástico, tratando de echar pie a tierra, ardua operación en que le auxilió el abad—. ¿Y usted... —exclamó, encarándose con su interlocutor— es el señor marqués?

—¿Cómo queda el tío? ¿Usted... a caballo desde Cebre, eh? —repuso este evasivamente, mientras el capellán le miraba con interés rayano en viva curiosidad. No hay duda que así, varonilmente desaliñado, húmeda la piel de transpiración ligera, terciada la escopeta al hombro²¹, era un cacho de buen mozo el marqués; y, sin embargo, despedía su arrogante persona cierto tufillo bravío y montaraz,

parroquia
territorio que está bajo la jurisdicción de un párroco y es división administrativa dentro de un municipio

montaraz
que anda o está acostumbrado a andar por los montes o se ha criado en ellos

19. *Cebre*: topónimo ficticio, posiblemente deformación de Cecebre (A Coruña) y evocador de Cea (Orense).

20. A diferencia del párroco, el capellán atiende a una institución particular, en este caso, la casa de los Ulloa.

21. *terciada la escopeta al hombro*: «cogida la escopeta por la parte más estrecha de la culata, apoyándola en el hombro».

y lo duro de su mirada contrastaba con lo afable y llano de su acogida.

El capellán, muy respetuoso, se deshacía en explicaciones.

diligencia
carruaje
de caballos
dedicado al
transporte de
viajeros
arrees
guarniciones y
correas de las
caballerías
reparando
galleguismo,
pensando

—Sí, señor; justamente... En Cebre he dejado la diligencia y me dieron esta caballería, que tiene unos arrees, que vaya todo por Dios... El señor de la Lage, tan bueno, y con el humor aquel de siempre... Hace reír a las piedras... Y guapote, para su edad... Estoy reparando que si fuese su señor papá de usted, no se le parecería más... Las señoritas, muy bien, muy contentas y muy saludables... Del señorito, que está en Segovia, buenas noticias. Y antes que se me olvide...

tafilete
cuero bruñado
despeado
con los pies
maltratados
de caminar
mucho
picaba
reducía a
partículas
tagarnina
cigarro puro
muy malo
culata
parte
posterior de
un arma
barba
aquí,
barbilla

Buscó en el bolsillo interior de su levitón, y fue sacando un pañuelo muy planchado y doblado, un *Semanario*²² chico, y por último una cartera de tafilete negro, cerrada con elástico, de la cual extrajo una carta que entregó al marqués. Los perros de caza, despeados y anhelantes de fatiga, se habían sentado al pie del crucero; el abad picaba con la uña una tagarnina para liar un pitillo, cuyo papel sostenía adherido por una punta al borde de los labios; Primitivo, descansando la culata de la escopeta en el suelo, y en el cañón de la escopeta la barba, clavaba sus ojuelos negros en el recién venido, con pertinacia escrutadora. El sol se ponía lentamente en medio de la tranquilidad otoñal del paisaje. De improviso el marqués soltó una carcajada. Era su risa,

22. *Semanario*: posiblemente se refiera a un folletito relativo a rezos o devociones semanales.

como suya, vigorosa y pujante, y, más que comunicativa, despótica.

—El tío —exclamó, doblando la carta— siempre tan guasón y tan célebre... Dice que aquí me manda un santo para que me predique y me convierta... No parece sino que tiene uno pecados: ¿eh, señor abad? ¿Qué dice usted a esto? ¿Verdad que ni uno?

—Ya se sabe, ya se sabe —masculló el abad en voz bronca...—. Aquí todos conservamos la inocencia bautismal²³.

Y al decirlo, miraba al recién llegado al través de sus erizadas y salvajinas cejas, como el veterano al inexperto recluta, sintiendo allá en su interior profundo desdén hacia el curita barbilindo, con cara de niña, donde solo era sacerdotal la severidad del rubio entrecejo y la compostura ascética de las facciones.

—¿Y usted se llama Julián Álvarez? —interrogó el marqués.

—Para servir a usted muchos años.

—¿Y no acertaba usted con los Pazos?

—Me costaba trabajo el acertar. Aquí los paisanos no le sacan a uno de dudas, ni le dicen categóricamente las distancias. De modo que...

—Pues ahora ya no se perderá usted. ¿Quiere montar otra vez?

—¡Señor! No faltaba más.

—Primitivo —ordenó el marqués—, coge del ramal a esa bestia.

barbilindo
hombre joven que presume de bien parecido y se arregla mucho

ascético, ca
austero, sobrio, que renuncia a lo mundano

23. La expresión *inocencia bautismal* remite a la teología: el sacramento del bautismo borra el pecado original con el que nacen todas las personas.

Y echó a andar, dialogando con el capellán, que le seguía. Primitivo, obediente, se quedó rezagado, y lo mismo el abad, que encendía su pitillo con un misto de cartón. El cazador se arrimó al cura.

misto
galleguismo,
cerilla,
fósforo

—¿Y qué le parece el rapaz, diga? ¿Verdad que no mete respeto?

rapaz
galleguismo,
persona que
está entre la
infancia y la
juventud

—Boh²⁴... Ahora se estila ordenar *miquitrefes*²⁵... Y luego mucho de alzacuellitos, guantecitos, perejiles con escarola... ¡Si yo fuera el arzobispo, ya les daría el demonstre de los guantes!

mete
galleguismo,
impone,
infunde,
produce

estila
es costumbre,
está de moda

perejil
adorno o
compostura
excesiva,
especialmente la que usan
las mujeres
en los vestidos y tocados

escarola
cuello
alechugado
que se pone
encima de la
camisa

demonstre
coloquialmente,
demonio

24. *Boh*: interjección, galleguismo que indica disgusto, indiferencia, displi-cencia o menosprecio.

25. *miquitrefes* (*mequetrefes*): «sujetos de poca entidad o importancia». Es vul-garismo por la alteración de las vocales.